

## Un día de sol

Estoy sentada en el banco de piedra frente a mi casa. El sol de la tarde me abrasa el cuerpo mientras estoy merendando. De repente veo a mi padre bajar las estrechas escaleras que llevan de la carretera principal a nuestro barrio. Gesticula, se tambalea. Se dirige directamente hacia mí, pero en su borrachera no me ve. Noto el impulso de salir corriendo. Sin embargo, me quedo quieta como los adoquines de la calle. No quiero huir más. No quiero esconderme más. Ya soy mujer. Y como si lanzara los dados de mi suerte tiro la monda del plátano que he estado comiendo en uno de los peldaños. Asustada por mi propia hazaña me reclino rápidamente buscando el abrigo del muro. Le escucho refunfuñar entre los dientes mientras llega. Ahora ya está tan cerca que me alcanza su mal olor. Su sombra casi me toca. Parece reconocermelo. No respiro.

En este momento pisa la monda, resbala y cae de espaldas. Veo su cara de sorpresa. Escucho la maldición que me lanza por el aire. Luego sigue rodando por las escaleras hasta golpear con la cabeza fuertemente contra una farola. Permanece inmóvil.

El tiempo se para. Me envuelve un repentino silencio en el que no escucho nada más que mi propio corazón. Me siento como si el golpe seco contra farola hubiera despedazado todo lo que he sido hasta ahora. Vuelvo a sentir el sol en mi piel y veo centellear el granito de la piedra donde estoy sentada. Respiro como si nunca antes hubiera respirado. Desde el mar se levanta una brisa que me desgreña suavemente el pelo. En el aire chilla una gaviota, sus alas blancas surcan el cielo al exhibir sus acrobacias magníficas. Presiento un mundo que me está esperando. Me levanto y voy a casa. Mamá y yo dormiremos tranquilas esta noche.

©Karin Monteiro-Zwahlen, 25.11.2016

[www.mundiscript.de.to](http://www.mundiscript.de.to)